

Cristina Campos



Historias de mujeres casadas

Finalista Premio Planeta
2022

MARIDOS Y MUJERES

Un año antes de que Gabriela se derrumbe en brazos de su amante, la encontramos serena, feliz, tumbada en la cama, observando a su marido dormir.

Ya llevan veinte años juntos, veinte años amándose, o más bien queriéndose. Veinte años aceptándose. Veinte años acumulando pequeñas discusiones cotidianas que han estado a punto de separarlos en varias ocasiones, pero ahí siguen los dos: luchando por su amor, por su familia.

Germán es ingeniero, un ingeniero misántropo y taciturno. Esos son los dos adjetivos que utilizó Gabriela para describirlo en una comida junto a sus dos amigas del alma —Silvia y Cósima— y mientras compartían entre risas la intimidad de sus maridos. *Misántropo*, que no *misógino*, precisión léxica esencial para la comprensión de esta historia. Y si se sigue con los adjetivos que utiliza Gabriela para describir a su marido, el segundo, *taciturno*, lo utiliza refiriéndose a la primera acepción de la Real Academia de la Lengua Española, que dice así: «Callado, silencioso, que le molesta hablar».

Lo de ingeniero también es importante destacarlo porque, si no hubiera sido por la profesión de Germán, sus vidas no se habrían cruzado. Por aquel entonces, a finales de los años noventa, Gabriela era una periodista veinteañera

recién licenciada; Germán, un joven ingeniero al que debía entrevistar como uno de los cinco españoles ganadores de la beca Fulbright, una beca patrocinada por la Oficina de Asuntos Educativos del Departamento de Estado de Estados Unidos en colaboración con el Ministerio de Cultura español, a la que solo se puede aspirar con una media mínima de nueve en el currículo universitario, dos años de experiencia laboral y un nivel de inglés oral y escrito alto. Esa beca suponía una dotación económica generosa y permitiría a Germán realizar un máster de Ingeniería Naval y Oceánica en el prestigioso University College de Boston. Gabriela lo entrevistó para el periódico local del barrio del Raval, donde hacía las prácticas, y ese día, del que hace ahora casi veinte años, empezó su historia de amor. La historia de amor entre Gabriela y Germán. La historia de su matrimonio.

*

Es sábado por la mañana. Su hijo duerme en casa de la madre de Gabriela, lo recogerán a última hora de la tarde, así que están los dos solos. No sucede a menudo. Ella sabe que, cuando Germán se despierte, querrá hacer el amor. Misántropo, que no misógino.

A Gabriela le conmueve que, a pesar de esos veinte años transcurridos, él siga encontrándola hermosa, que siga deseándola como el primer día o incluso más. A veces se pregunta cómo es posible que no pierda la ilusión por ella.

«¿Qué miras?», le preguntó Gabriela no hace mucho, cuando lo sorprendió observándola en silencio, al salir de la ducha.

«A mi mujer.»

A Gabriela le conmueve la nobleza de su marido. Porque es ella quien lo rechaza en innumerables ocasiones,

siempre con la excusa de que su hijo pueda oírlos o con la excusa de un día complicado en el trabajo. También están sus dolores menstruales, que se alargan una semana. En eso no miente nunca, porque los tiene. Este sábado no tienen a su hijo, no tiene el período, no hay excusa.

Gabriela se incorpora sin hacer ruido para no despertarle, y sale de debajo del edredón nórdico sin más ropa que uno de los finos camisones de tirantes y largos hasta los tobillos con los que duerme durante todo el año. Le gusta sentir el frío al meterse en la cama y abrazarse al hombre noble que la acompaña en la vida.

Coge de una butaca un viejo jersey de cachemir de Germán con una quemadura en la manga de los Camel que él lleva fumando veinticinco años. Germán los quema todos. Es Gabriela quien le compra los jerséis; si por él fuese, iría por la vida lleno de quemaduras de cigarrillo sin que eso le cambiara nada. Y es así. Es ingeniero naval del Departamento Marítimo y de la Diputació de Barcelona. Profesor adjunto de la Facultad de Ingeniería Naval y socio de la empresa norteamericana ASCE Naval Engineering. Caminar con un jersey de cachemir con quemaduras no le cambiaría nada, así que Gabriela colecciona esos jerséis quemados talla XXL que se pone sobre sus largos camisones de algodón.

Mira el reloj digital antes de salir del dormitorio. Las 7.05. Calcula que tiene una hora para ella. Quizá dos.

Anoche se acostaron tarde. Gabriela había reservado mesa en el restaurante Ca La Mariona, uno de los pocos que quedan en el centro de Barcelona con cocina tradicional catalana. Son de *trinxat* de la Cerdanya y escudella *amb carn d'olla*; lo de la cocina japonesa o las fusiones tailandés-vietnamitas que se multiplican por la ciudad no va mucho con ellos.

Se preparaban para salir. Gabriela estaba en la ducha,

y Germán, sabiendo lo poco amiga que era de las salidas nocturnas, soltó el as ganador:

—Dan *Vidas cruzadas* en la tele.

—¿En serio? —contestó nostálgica Gabriela—. Parece que la vimos ayer.

Esa película coral americana —dirigida por Robert Altman y adaptación cinematográfica de varios cuentos de Raymond Carver— tenía un significado especial en sus vidas. Muy especial.

Mientras dejaba que el agua de la ducha recorriera su cuerpo, Gabriela recordó la noche que la vieron juntos, en agosto de 1998, en el Somerville Theater de Boston, Massachusetts. Esa noche de hace veinte años que cambió el curso de sus vidas.

*

Caminaban por Elm Street en dirección a Somerville Avenue, de vuelta al campus universitario donde se hospedaban. Llevaban cuatro semanas juntos en esa tranquila ciudad de la Costa Este americana donde Germán pasaría dos intensos años, con una visa estudiantil, sumergido en el máster de Ingeniería, y a Gabriela le quedaban tres días para volar de vuelta a Barcelona. Regresaba a España sin ningún plan concreto. A sus veinticinco años empezaba el vértigo de buscar un trabajo como periodista. La palabra escrita era su fuerte, mientras que hablar en público la aterrorizaba, así que descartó radio y televisión, y envió su currículum a todos los medios de comunicación escritos. Empezó por los nacionales de Madrid y Barcelona, y al no recibir respuesta siguió con las otras cuarenta y ocho provincias españolas; llegó a enviar currículums a pequeñas redacciones de periódicos de pueblecitos catalanes y hasta al periódico local de su querida Formentera. De las pequeñas redacciones recibió cartas amables que le respondían

que en esos momentos no había vacantes pero que guardaban sus datos; de las grandes aún no había recibido contestación. Ni la recibiría.

Durante los cinco años de carrera había trabajado en las campañas de Navidad en el Zara de paseo de Gràcia y se llevaba muy bien con Zaira, la encargada. Si no recibía respuesta de ningún periódico, siempre podía volver allá.

Con su doble licenciatura de Humanidades y Periodismo, a Gabriela no le hacía especial ilusión acabar doblando jerséis y atendiendo a clientes para ganarse la vida, pero tampoco se le iban a caer los anillos si eso era lo que tocaba.

Al salir del cine, Germán le había rodeado los hombros con el brazo y en ese momento caminaba silencioso, pensativo, mientras ella elogiaba la divertidísima adaptación cinematográfica de los cuentos de Carver. Había insistido ella en ir a verla. De hecho, todo ese mes lo había organizado Gabriela: el viaje a Vermont en coche, el fin de semana en Cape Cod, los cruceros por el Mystic River. Y socializar. Socializar con los compañeros del máster y los cientos de estudiantes de la Facultad de Boston.

Germán en Boston no fue Germán; se le conocía como *Gabriela's boyfriend*. A Gabriela le sabía mal, a Germán se la traía al paio.

—Es que no hablas, Germán. ¿Cómo van a saber tu nombre?

—Es que no tengo ninguna necesidad de hablar, Gabi. Además, para dos que saben mi nombre, me llaman *Yirmen*.

Y se rieron los dos de lo negados que son los norteamericanos para los idiomas.

—No sé, Germán, la gente normalmente habla. Mi amor... Yo me vuelvo a España en unos días, y vas a estar todo el año estudiando con ellos. ¿Te vas a encerrar todo

el día en tu dormitorio a hacer cálculos matemáticos y a rascar la guitarra eléctrica?

Debe aclararse que Germán tenía dos novias y que las mantuvo toda la vida. La primera, Gabriela; la segunda, una guitarra eléctrica de marca Fender Bullet Mustang.

—¿Y por qué no? A eso he venido —le había contestado tranquilo la semana anterior repitiendo un arpegio en las cuerdas de la guitarra—. Y lo de rascar la guitarra no hacía falta.

—Quizá encontremos a alguien entre los seiscientos mil bostonianos que te caiga bien.

—Pero si no me caen mal, Gabi, no te líes. Pero ahora mismo, no sé... —dijo sin mirarla y jugando con los dedos en la Fender—. Los veo, con la gorra de los Red Sox al revés, devorando costillas de cerdo y poniéndose ciegos a cervezas y, qué quieres que te diga, mucho en común con ellos no tengo, por muy ingenieros que sean. —Se tomó un segundo antes de añadir—: Pero mal, lo que se dice mal, no me caen.

Era cierto, poco tenía que ver con esos tipos. Tampoco ella tenía mucho que ver con las mujeres que los acompañaban, pero Gabriela era un camaleón que se lo pasaba bien en cualquier lado. Gabriela aún no lo sabía, pero acabaría convirtiéndose en el nexo de su marido con el mundo real para el resto de su vida. Siempre y cuando no fueran eventos relacionados con su entorno laboral, porque en el trabajo Germán era otro hombre.

Al finalizar los dos años de máster, fue a escucharlo a la defensa de tesis, que giraba en torno a las plataformas petrolíferas del mar del Norte en comparación con las del golfo de México. Gabriela estaba tan nerviosa por él que la noche previa durmió a trompicones, mientras que Germán, después de hacerle el amor, se había quedado dormido como si al día siguiente no hubiese nada en jue-

go. Germán era así: Gabriela recordaba la noche antes de la selectividad como la más larga de toda su vida; Germán la había borrado de su memoria. Germán sacó un 9,7; Gabriela un 5.

La defensa de tesis la evaluaba el decano de la Universidad de Boston y un tribunal formado por cinco ingenieros navales sexagenarios. Como público —Gabriela calculó unas doscientas personas, el aforo completo de la sala oval de la facultad— asistieron todos sus compañeros de máster, y ojeadores de grandes compañías de ingeniería naval estadounidenses, que acudían con el fin de captar nuevos cerebros para sus empresas. WSP, de Nueva York, Arup, de Seattle, y la última, con sede en Boston, ASCE Naval Engineering, de la que años después Germán sería uno de los socios mayoritarios.

Gabriela se sentó al fondo de la sala, con bancos en forma de anfiteatro y asientos de madera de roble. Tenía el pulso acelerado, como si fuese ella y no él quien debía hablar en público. Cuando Germán se puso en pie para empezar la defensa, Gabriela tuvo que hacer un esfuerzo para no taparse los ojos. Durante cuarenta y cinco minutos, Germán defendió la tesis con una poderosa serenidad y en un inglés impecable. Además, y mientras la exponía, hizo reír al decano, al tribunal, a los ojeadores y a los estudiantes que lo escuchaban. Se metió a todos los allí presentes en el bolsillo y salió de allí con una matrícula de honor y cuatro ofertas de trabajo. La de ASCE Naval Engineering fue la más generosa. El tipo más tímido que Gabriela había conocido en su vida y al que amaba en ese momento y, tras la defensa de tesis, cien veces más que el día anterior, se convertía, siempre que fuera en el ámbito laboral y enredado en sus números, en un elocuente comunicador seguro de sí mismo.

Esos dos extremos de su carácter la tuvieron toda la vida descolocada.

Pero la defensa de la tesis quedaba aún lejos de aquella tarde, mientras caminaban abrazados por Somerville Avenue.

Llegaron al Charlestown Bridge, que cruzaba el río hasta la universidad, y caminaron sobre la plataforma mientras Gabriela elogiaba, entusiasmada, la adaptación de los cuentos de Carver.

Germán siempre disfrutaba de la compañía de esa mujer pasional, extravertida y tan diferente a él, y de la que, a sus treinta años, se sentía profundamente enamorado. Les quedaban tres días juntos y ya sentía el vacío de su ausencia. El vacío de los días sin ella. Hacía solo un año que se conocían, pero la amaba como nunca antes había amado a otra mujer.

Había tenido una relación anterior con una chica llamada Gina, una de las pocas estudiantes mujeres de su facultad. Inteligente. Más inteligente que él. Más rápida en cálculo mental. Empezaron el segundo año de carrera y estuvieron juntos hasta que Germán conoció a Gabriela en aquella entrevista tras ganar la beca Fulbright y la dejó. Fue por ella por lo que dejó a su ex, eso estaba claro, pero —tal y como le confesó un día a Gabi— tarde o temprano la habría dejado porque «tenía los tobillos anchos».

Gabriela se había reído al escucharlo.

«Pero por eso no se deja a una mujer, Germán.»

«Yo sí. No sé. No me gustan los tobillos anchos.»

Gabriela rio... y pensó: «Hombres...».

Seguían caminando por la plataforma sobre el puente. Germán clavó su mirada en Gabriela, que miraba, ahora, despreocupada la silueta de Boston.

—¿Qué miras tanto? —le preguntó Gabriela volviéndose hacia él.

Germán aguardó unos segundos y con ojos de hombre enamorado contestó:

—Te miro a ti.

Gabriela sonrió algo tímida, porque ese hombre introvertido tan diferente a los hombres que habían pasado por su vida le parecía sincero. Con él se sentía una mujer amada. Nunca la había hecho dudar y nunca lo haría, ni una sola vez en los años de matrimonio que les esperaban juntos.

Ella había tenido tres historias de amor antes de conocer a Germán. Era una mujer de relaciones largas. Un primer amor del instituto; un segundo, que prefería no recordar porque le rompió el corazón; y luego una dulcísima historia de amor en la facultad con un gafapasta divertidísimo que pesaba cien kilos y que se acabó porque él se marchó a Madrid a estudiar Guion en la ECAM. Y el amor se disipó. Ninguna de esas tres historias fue tan de verdad como la que empezaba a vivir con Germán.

Germán se detuvo, atrajo a Gabriela y la besó como si fuera a hacerlo por última vez.

—¿Estás bien? —preguntó ella cuando se separaron, acariciándole el rostro.

Él no contestó.

—¿Qué te pasa, Germán?

La pregunta que quería formularle a su novia llevaba una carga emocional demasiado fuerte para un científico que lo tiene todo planeado en su vida. Porque ese amor hacia Gabriela no entraba en sus planes. Esos dos años en Boston los iba a cursar solo. Sin esa mujer que se había cruzado, inesperadamente, en su destino.

—No quiero que te vayas —le dijo inquieto, virando la mirada hacia el río—. No quiero que vuelvas a Barcelona.

Gabriela sonrió con ternura.

—Yo tampoco me quiero ir, pero me caduca la visa y no me gustaría que viniera la policía a buscarme. —Le besó en los labios—. Los *mossos* a mí me dan seguridad,

pero a los polis americanos no les pilló el punto. Los miro y..., no sé por qué, me dan miedo, mucho miedo.

—¿Quieres casarte conmigo? —disparó Germán sin dejarle acabar la frase.

Gabriela palideció. No contestó. Notó su pulso acelerarse.

Casarse era lo último que se planteaba a sus veinticinco años. Lo último, pero un año juntos le bastaba para saber que Germán no estaba bromeando. La pregunta era en firme.

Gabriela quería decir algo, pero no le salían las palabras. Ninguna. No se lo había planteado, a pesar de que dos años separados por el Atlántico era demasiado tiempo para una pareja tan joven. Se verían en Navidad. En verano. Y ella podría ir a visitarlo si conseguía un trabajo que le permitiera pagarse el carísimo vuelo a las Américas.

¿Casarse a sus veinticinco años?

Era joven para unirse eternamente en matrimonio.

Germán esperaba una respuesta con la mirada fija en ella. Una respuesta que no llegaba. Él llevaba unos días pensándolo, concretamente dos semanas. Y, tras informarse, concluyó que no había otra manera legal para la permanencia de Gabriela en Estados Unidos que no fuera uniéndose en matrimonio e incluyéndola en su visa estudiantil.

Germán aguardaba inquieto con la mirada fija en ella hasta que, tras unos segundos de silencio más, Gabriela sonrió y, bajito e insegura, dijo que sí.

Y dos semanas más tarde se juraron amor eterno sobre la Constitución estadounidense en el Park Square Building Office de Boston.

Pero de ese improvisado y precioso enlace matrimonial, y de ese paseo por el puente de Boston, hace casi veinte años. Gabriela lo recuerda bajo la ducha de su apartamento en Barcelona. Lo recuerda con nostalgia, como si

fuera ayer... Y sí, le dijo a su marido que anulara la reserva en el restaurante. Media hora más tarde se sentaron ante el televisor a ver la adaptación cinematográfica de los cuentos de Raymond Carver.

Gabriela ha logrado salir del dormitorio conyugal sin hacer ruido. Germán sigue durmiendo tranquilo. Duerme siempre mucho más que ella. Cierra la puerta con suavidad y camina por el pasillo hacia la cocina.

Se gusta a sí misma a esa hora, en la soledad del amanecer. Por primera vez siente el invierno dentro de casa, aun cuando el sol ya inunda el salón. ¿Es 4 de noviembre o 5? Le hace hasta ilusión poner en marcha la caldera. Dejar atrás el largo verano que los ha acompañado ese 2018.

Siguiendo el ritual de cada mañana, enciende una lamparita sobre la encimera de la cocina, llena de agua el hervidor, prepara una taza de té blanco y vierte el agua encima. Coge la taza y deja que sus manos se calienten mientras observa tras el ventanal de la cocina el trocito de Barcelona que le pertenece. Una vista única, preciosa, con la silueta de la ciudad y el Mediterráneo a lo lejos. Una vista que solo es de ella. De Gabriela y de los dos hombres de su vida: su marido y su hijo.

A sus cuarenta y cuatro años se siente afortunada de poder estar allí. Ese té dulce y solitario que calienta sus manos y se lleva a los labios cada mañana, mirando el mar, la hace profundamente feliz. Es una mujer sencilla en lo que se refiere a los pequeños placeres.

Sale de la cocina y se dirige al salón.

Otro pequeño placer de cada mañana es sentir los pies fríos sobre la alfombra de lana azul cobalto, circular y de cuatro metros de diámetro, que cubre todo el espacio del salón. Sobre la alfombra, un sofá ovalado de lino color lavanda colocado de forma que el sol se desparrama sobre él. Y faltan las cortinas de terciopelo verde hasta el suelo.

Le gusta el contraste de las paredes blancas, el azul lavanda, el azul cobalto y el verde intenso. Sola, con la taza de té en las manos, se sienta allí cada mañana, con las piernas recogidas sobre el sofá. Le gusta observar su casa, ese hogar lleno de belleza que ha ido construyendo con amor y con tiempo. Su hogar para toda la vida.

Hace diez años que Gabriela y Germán compraron el apartamento. Es un ático de ciento veinte metros cuadrados en el paseo del Born, en el barrio de la Ribera. A veinticinco minutos caminando del mar. Nada más darles las llaves, tiraron tabiques, sacaron el falso techo y descubrieron unas preciosas vigas pintadas con motivos florales rosa por todo el apartamento. Pactaron que decaparían las del salón y mantendrían las vigas pintadas en los dormitorios. Observar la luz del sol que se quiebra en las bóvedas que separan las vigas es hermoso. Además, las vigas cambian de color: a veces son de color miel; otras, color caoba.

Gabriela siente frío. Los radiadores tardan en calentar la casa, así que se cubre con una enorme manta blanca mezcla de lana y cachemir que siempre anda desdoblada por el sofá. «Gabi, no entiendo que sea tan difícil doblarla antes de ir a dormir. De verdad que no lo entiendo», le repite su marido día sí y día también.

En esa casa el mundo es al revés: Gabriela es el caos, el desorden, la indisciplina. Germán, el orden, la coherencia, la disciplina.

Gabriela sorbe el té y pasea la mirada por la estantería del salón, llena de sus libros, llena de ilustraciones enmarcadas, llena de sus fotos.

Últimamente se detiene en su foto nupcial. En la foto, y en primer plano, Germán besa la mejilla de Gabriela. Tras ellos se desdibuja el verde del Public Garden de Boston. Ella sonríe, joven. Muy joven. Enamorada. Muy enamora-

da. ¿Cuánto hace de esa foto? No recuerda si dieciocho, diecinueve o veinte años. Le evoca un momento de su vida que le provoca nostalgia. Un momento feliz de su biografía que, por un motivo que no logra entender, le produce tristeza.

Varios días ha querido sacarla del marco y pegarla en el álbum de fotos que descansa en la estantería. ¿Qué necesidad tiene de ver, cada mañana, a esa mujer joven, morena, de tez clara y con el pelo cayéndole sobre los hombros? Esa mujer que tenía toda la vida por delante, que tenía mil frentes abiertos y se agarró a uno. Se siente tan lejos de ella, física y psíquicamente... Ella misma se extraña de sus propios pensamientos. Porque Gabriela es una mujer feliz, con una vida preciosa. Una vida tranquila. Una vida segura y serena.

Se acaba el té, coge el MacBook, se lo coloca sobre el regazo, lo abre y desliza la yema del dedo por el *trackpad* en busca de Safari. Lo tiene redirigido a la página web de *La Femme*, la revista femenina de mayor tirada del país, donde colabora como periodista desde hace casi veinte años y donde desde 2014 lleva una columna semanal.

Cada semana, le llegue la inspiración o no, tiene una página entera asignada para ella. Cada semana hurga en su imaginación para escribir tres mil quinientos caracteres. A veces, una imaginación desbordante. A veces, caótica, desordenada. A veces, poderosa. Y a veces, también, desierta.

Le sorprende el éxito que suscita su columna. Quizá en parte se deba al título: «Historias de mujeres casadas». ¿Quién no quiere inmiscuirse en ese mundo secreto de las mujeres en el matrimonio?

El título de la sección no es de Gabriela, ella hubiera preferido algo más poético. Propuso títulos de bellos poemas de Sylvia Plath, de Emily Dickinson, de Gabriela Mis-

tral... Su preferido, «El amor que calla». Así pretendía titular ella su columna, pero Eugenia, su jefa, se negó en redondo.

—Necesitas un título sencillo que atrape a las lectoras, Gabriela. Lo que me propones son versos preciosos, pero crípticos.

—¿Crípticos? —repitió Gabriela.

Además de redactora jefa de *La Femme*, y a pesar de los veinte años que las separan, Eugenia no es solo su jefa, sino una buena amiga. La relación entre ambas se remonta al año 1996, cuando Eugenia era profesora adjunta de la optativa de Psicología de la Comunicación en la Facultad de Periodismo, y Gabriela, su alumna predilecta. El día que Gabriela se licenció, se despidieron con un abrazo. «Aquí me tienes si me necesitas —le dijo Eugenia—, pero vuela un poco antes de quedarte en esta ciudad. Barcelona puede ser demasiado pequeña.»

Gabriela no se imaginó ese día lo difícil que iba a ser encontrar, por sí sola, un trabajo como periodista. Tras comprobar lo poco fructífero que fue el envío de currículums, escribió un email a Eugenia desde Boston para ofrecerse, tal y como se describió a sí misma, como «joven, inexperta, pero pasional corresponsal» para cualquier suceso o entrevista que necesitara hacer en la Costa Este americana. Y así lo hizo Eugenia. Seis meses más tarde la envió al Instituto Cervantes de Nueva York a cubrir el festival literario que acogía a unas pocas escritoras latinoamericanas a las que Gabriela entrevistó. Un mes después la envió a la Universidad de Brown, en Providence, a entrevistar a una profesora de Arquitectura de origen español, a quien siguió una bióloga en Delaware... En los dos años que Gabriela vivió en Boston hizo un total de diez entrevistas a interesantes mujeres hispanas que habían enraizado en Estados Unidos. Suficiente para que Eugenia